

# Una historia emocional de la Segunda República

Autoría: Francisco Martínez Hoyos

| TIPO                                               | PÁGINAS | IDENTIFICADOR       |
|----------------------------------------------------|---------|---------------------|
| Historia contemporánea e historia de las emociones | 199-210 | TDL-79-2022-199-210 |

## RESUMEN DOCUMENTAL

Interpretación de la Segunda República española desde la historia de las emociones. El autor analiza entusiasmo, miedo, decepción, odio y esperanza en distintos sectores políticos y sociales entre 1931 y 1936, utilizando testimonios y discursos de la época. El trabajo advierte contra las lecturas presentistas y las analogías simplificadoras, y propone comprender la polarización republicana atendiendo tanto a los hechos como a las percepciones y sentimientos de sus protagonistas.

## PALABRAS CLAVE

Segunda República · historia de las emociones · España · polarización · 1931 · 1936 · historia contemporánea

## CITA BIBLIOGRÁFICA

Francisco Martínez Hoyos. «Una historia emocional de la Segunda República». Torre de los Lujanes, n.º 79, 2022, pp. 199-210. ISSN 1136-4343.

# Una historia emocional de la Segunda República

Por  
*Francisco  
Martínez Hoyos*

En los últimos años, la historia de las emociones ha demostrado ser una tendencia en auge con la publicación de monografías y artículos académicos mientras se constituían fructíferos grupos de investigación. Esta nueva disciplina aspira a renovar nuestra mirada del pasado escudriñando los sentimientos de aquellos que lo vivieron. No se trata, por tanto, solo de atender a los acontecimientos objetivos sino de reflejar como los individuos dieron sentido a unos hechos determinados. Desde esta perspectiva, es posible enriquecer nuestra comprensión de periodos tan fascinantes como la Segunda República (1931-1936), en el que la vida política estuvo marcada por un estado emocional incandescente que condujo a posturas

antagónicas, posturas que tienden a contemplarse desde la actualidad y no a partir del sentir de la época.

Desacreditada por su complicidad con la dictadura de Primo de Rivera, la monarquía de Alfonso XIII sobrevivió muy poco a la renuncia del general jerezano. La proclamación de la República, el 14 de abril de 1931, fue recibida con ilusión en amplios sectores del país que esperaban una regeneración de la vida pública. Parecía abierto el camino hacia una evolución pacífica en un sentido de mayor libertad y modernización. *El Socialista*, órgano del PSOE, titulaba que el pueblo se había entregado a “manifestaciones delirantes de entusiasmo”. El periódico incluía, a continuación, un grito que resumía el espíritu del momento: “¡Viva España con honra y sin Borbones!”<sup>1</sup> Mientras tanto, en muchos municipios del Sur, como los de Andalucía, quedaban patentes los antagonismos de clase. Mientras la mayoría de la gente salía a la calle para dar vivas a la República, el cacique de lugar y sus partidarios, sin nada que celebrar, presenciaban con inquietud las novedades.

Algunos años después, en 1935, durante un discurso multitudinario en Valencia, Manuel Azaña rememoraría así unos inicios en los que todo parecía posible, unos momentos en los que aún no se había perdido la inocencia: “Acaba de instaurarse la República; eran los tiempos del entusiasmo, de la esperanza, (...). Todo el mundo se figuraba que el porvenir consistiría en una senda de flores”.<sup>2</sup>

Para muchos, la instauración de la República equivalía a tocar el cielo. Un poema de Antonio Machado, al estilo de los romances populares, equiparaba el cambio con la llegada de la primavera. Machado, por cierto, izó la bandera tricolor republicana en el ayun-

---

<sup>1</sup> *El Socialista*, 15 de abril de 1931. AZAÑA, MANUEL. *Obras Completas*. Vol. V. Madrid, 2008. Taurus, p. 404.

<sup>2</sup> AZAÑA, MANUEL. *Obras Completas*. Vol. V. Madrid, 2008. Taurus, p. 404.

tamiento de Segovia. Al parecer, según un testigo, lo hizo con lágrimas en los ojos.<sup>3</sup> Durante la celebración se escucharon las melodías de La Marsellesa y del himno de Riego, dos composiciones de profunda tradición revolucionaria. La emoción, por todo el país, era patente. Los republicanos se alegraban por haber llegado al poder de una forma pacífica, a través de unas elecciones. El que fuera alcalde de Mijas, Manuel Cortés, rememoraría así aquellos momentos ante el historiador Ronald Fraser: “¡Figúrese! La monarquía que trajo muchos males a la nación -mucho atraso, mucho analfabetismo, el caciquismo- acabó tan normalmente, sin sangre”.<sup>4</sup>

Pero no estaba claro, mientras tenía lugar el hundimiento de la monarquía, que no fueran a producirse hechos violentos. Por eso el socialista Largo Caballero instó al pueblo a mostrarse disciplinado. La República tenía que nacer envuelta en el máximo prestigio, sin nada que pudiera oscurecerla. No obstante, al mismo tiempo que propugnaba los procedimientos pacíficos, el líder socialista dejaba claro que el PSOE y su sindicato afín, la UGT, no dudarían en usar su fuerza, llegado el caso, “para salvar al régimen que nace”.<sup>5</sup>

Por suerte, la situación evolucionó dentro de una calma razonable. Madrid, según una crónica de ABC, era una fiesta. La gente, en especial la de los barrios de clase obrera, se echó a la calle para celebrar el cambio. Algunas tiendas cerraron por temor a incidentes, pero enseguida los dueños volvieron a abrir sus puertas al advertir

---

<sup>3</sup> AUBERT, PAUL. *Gotas de sangre jacobina*. Sevilla. Renacimiento, 2020, pp. 493-94.

<sup>4</sup> FRASER, RONALD. *Escondido: el calvario de Manuel Cortés*. Barcelona. Crítica, 2006, p. 12.

<sup>5</sup> CLAVERO, VICENTE. *14 de abril. Crónica del día en que España amaneció republicana*. Madrid. Los Libros de la Catarata, 2015, pág 155.

que todo permanecía bajo control: “los grupos se contenían dentro del mayor respeto, sin cometer ningún desmán”.<sup>6</sup>

La transmisión de poderes fue pacífica, como puso de manifiesto Gabriel Jackson, gracias a una serie de “afortunadas coincidencias”. En el Palacio de Oriente se vivió una gran inquietud ante la posibilidad, real, de que una muchedumbre exaltada pudiera protagonizar actos violentos. Ante semejante riesgo, la familia real se apresuró a marcharse. Mientras tanto, hasta poco antes de que la República se proclamara de forma oficial, la Guardia Civil continuaba disolviéndose en muchas localidades las manifestaciones antimonárquicas. Finalmente, cuando acabó el 14 de abril, la mayoría de ciudadanos, junto a la alegría por el cambio, experimentó un sentimiento de alivio por la ausencia de hechos que lamentar.<sup>7</sup>

En la segunda quincena de abril, Zenobia Camprubí, en correspondencia con la hermana de su marido, el poeta Juan Ramón Jiménez, se mostraba esperanzada con la reciente transformación de España. A su juicio, los nuevos gobernantes iban a ganarse la confianza de la gente. Sus primeras actuaciones proporcionaban motivos para ser optimista: “Por ahora se van acreditando de gente sensata y en pocos días han hecho cosas muy necesarias y que parecían de cajón, pero que, hasta ahora, no se habían hecho”. Por todo ello, era posible contar con la seguridad de que el país se encaminaba hacia un futuro de justicia.<sup>8</sup>

Por desgracia, los desórdenes que algunas temían no tardaron en producirse. Al mes siguiente, tras los disturbios en Madrid y Barce-

---

<sup>6</sup> CLAVERO, 14 de abril. *Crónica del día en que España amaneció republicana*, pp. 158-159.

<sup>7</sup> JACKSON, GABRIEL. *La República española y la Guerra Civil*. Barcelona. Crítica, 2018, pp. 26-28.

<sup>8</sup> CAMPRUBÍ, ZENOBIA. *Epistolario II, 1895-1936*, p. 719. Madrid. Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2020.

lona que se saldaron con el incendio de iglesias y conventos, Zenobia volvió a defender a la incipiente República en otra carta a su cuñada. Tenía muy claro que los sucesos resultaban lamentables pero no creía que el régimen tuviera en los mismos alguna responsabilidad. La monarquía también se había visto impotente para impedir, en 1909, que los alborotos de la Semana Trágica barcelonesa se prolongaran durante ocho días. Los republicanos, lejos de aplaudir las demostraciones de anticlericalismo, deploraban los estallidos de violencia: “Nadie lo siente más que la gente que tiene todas sus esperanzas puestas en este Gobierno y ve su buena voluntad y que sus hombres trabajan doce horas diarias y, algunos, dieciséis”.<sup>9</sup>

Se vivían tiempos efervescentes. Como señaló en uno de sus artículos la corresponsal mexicana Anita Brenner, la política constituía “el punto fuerte de toda conversación, en salones y sacristías, en clubes y cafés, también en los bancos de los parques”.<sup>10</sup> A su vez, el comunista Vicente Uribe contará en sus memorias que “todo el mundo tenía opiniones políticas, tomaba parte de una forma u otra en la vida política o estaba pendiente de los hechos políticos”. A contracorriente respecto a las ilusiones generalizadas, los comunistas no dejaban de observar que las fuerzas monárquicas conservaban aún un extraordinario grado de poder gracias al aparato del estado, el ejército y la guardia civil.<sup>11</sup>

Los socialistas, a su vez, también eran conscientes de que no estaban en disposición de emular a los bolcheviques en la toma del palacio de Invierno. Ellos, como otros grupos de la izquierda, no veían en la República un fin en sí mismo sino meramente un paso en

---

<sup>9</sup> CAMPRUBÍ, *Epistolario II*, p. 722.

<sup>10</sup> BRENNER, ANITA. *Hoy las barricadas. Crónicas de la Revolución Española, 1933-1937*. Sevilla. Renacimiento, 2021, p. 99.

<sup>11</sup> URIBE, VICENTE. *Memorias de un ministro comunista de la República*. Sevilla. Renacimiento, 2019, pp. 62-64.

la evolución gradual hacia el objetivo soñado, la República “social”, que debía llegar cuando, tarde o temprano, se agotara la de raíz burguesa. De todas formas, un sector del PSOE, encabezado por Indalecio Prieto, apostó por la moderación. Puesto que los republicanos, por si solos, eran demasiado débiles para consolidar el régimen, había que apoyarles. Como socialista, Prieto podía pensar que era una “tragedia” que su partido, en lugar de llevar a cabo el programa que le era propio, colaborara con fuerzas que no eran obreras, pero, por otra parte, su sentido del pragmatismo le hacía entender que no se podía conquistar el cielo de repente.<sup>12</sup>

Los republicanos “burgueses”, por el contrario, se dejaron llevar por un comprensible mesianismo con claros tintes españolistas. Alcalá-Zamora, en su primer discurso como presidente del gobierno provisional, anunció que él y sus colegas iban a darlo todo para que el país viera una aurora de libertad: “Con el corazón en alto, el Gobierno de la República no puede daros la felicidad, porque esto no está en sus manos, pero sí el cumplimiento del deber, el restablecimiento de la ley y la conducta inspirada en el bien de la Patria”.<sup>13</sup>

Si bien una infinidad de ciudadanos se habían ilusionado con el cambio de régimen, otros lo observaban con aprehensión. Como los compañeros del futuro historiador jesuita Miguel Batllori en el noviciado de Gandía, chicos procedentes de familias muy conservadoras. Al evocar aquel momento, Batllori confesó que él fue “de los pocos en recibirla (a la República) como un buen síntoma, o al menos como un hecho inevitable”.<sup>14</sup> Para un amplio sector de cató-

---

<sup>12</sup> MIRALLES, RICARDO. *Indalecio Prieto. La nación española y el problema vasco. Textos políticos*. Bilbao. Universidad del País Vasco, 2019, pp. 43-44.

<sup>13</sup> CLAVERO, 14 de abril. *Crónica del día en que España amaneció republicana*, p. 242.

<sup>14</sup> BATLLORI, MIGUEL. *Recuerdos de casi un siglo*. Barcelona. El Acantilado, 2001, p. 126.

licos, entre los que se contaban una buena parte del episcopado, la marcha del Rey suponía una catástrofe, poco menos que el fin del mundo. El entonces obispo de Tarazona, Isidro Gomá, manifestó este profundo pesimismo en una carta al arzobispo de Tarragona, Francesc Vidal i Barraquer. “Hemos entrado ya en el vórtice de la tormenta”, afirmó, incapaz de asimilar un cambio que le parecía una increíble “monstruosidad”. No obstante, aunque esto era lo que pensaba en privado, en público recomendó a sus feligreses la aceptación del nuevo poder constituido puesto que la Iglesia no se identificaba con ninguna forma de gobierno en particular.<sup>15</sup>

La República, para los más conservadores, suscitaba desconfianza. Por eso mismo, atribuían a la misma cualquier cambio social que les disgustara. “República”, de esta forma, se convirtió en la denominación infamante y multiusos con la que designar cualquier cosa que se saliera del orden tradicional. Anita Brenner, con su habitual perspicacia, lo percibió así en una de sus crónicas: “El cambio es intangible y difícil de describir, pero tan marcado que casi cualquier observación es precedida o seguida de “es la República”. ¿Qué las señoritas se cortan el pelo como hombres, van sin medias en el verano y corren a la playa con los señoritos? Ah, es la República. ¿Qué se vacían las iglesias los domingos y el campo se llena de excursionistas que entonan canciones radicales? ¡La República!”<sup>16</sup>

Los empresarios, a su vez, acogieron al nuevo régimen con expectación y le ofrecieron su cooperación leal. No obstante, la desconfianza hacia la República no dejó de crecer entre sus filas. Las reformas económicas parecían una versión del abominado socia-

---

<sup>15</sup> DIONISIO VIVAS, MIGUEL ÁNGEL. *El cardenal Isidro Gomá y la Iglesia española en los años treinta*. Tesis doctoral. Universidad Autónoma de Madrid, 2010, pp. 71-72.

<sup>16</sup> BRENNER, *Hoy las barricadas*, p. 117.



lismo, a la vez que se temían los problemas de orden público derivados de las movilizaciones obreras.<sup>17</sup>

En el extranjero, mientras tanto, el mundo financiero reaccionaba con hostilidad. A los banqueros norteamericanos y holandeses les faltó tiempo para cancelar los créditos que habían concedido al gobierno monárquico. El cambio de régimen no les inspiraba confianza, tampoco les resultaba alentador que un socialista, Indalecio Prieto, ocupara la cartera de Hacienda en el gobierno provisional. Mientras tanto, se ponía en marcha una alarmante fuga de capitales. Zenobia Camprubí encontraba inadmisible que los que ella denominaba “malos patriotas” se llevaran el dinero del país en aquellos momentos difíciles: “No puedo menos de indignarme de ver tanta gente gallina”.<sup>18</sup> En una de sus cartas de la época, comenta que había oído hablar de un sistema para burlar la normativa sobre el traslado de fondos al extranjero, en la que se establecían ciertos límites. El truco consistía en solicitar facturas falsas en el extranjero. El banco español, a la vista de esos documentos, entregaba los fondos para satisfacer los supuestos pagos en otro país. Conseguido así el dinero, el interesado procedía a sacarlo de la península.

Si en los setenta el denominado “desencanto” sucedió a la ilusión por la democracia, en los años treinta se dio un fenómeno similar. Los españoles, como hizo notar Azaña, pedían a veces lo que era imposible de cumplir: “la gente espera milagros y yo no puedo hacerlos”.<sup>19</sup>

---

<sup>17</sup> REY, FERNANDO DEL; MARTORELL, MIGUEL (eds.). *Mercedes Cabrera. La historia y la política*. Barcelona. Galaxia Gutenberg, 2022, p. 33.

<sup>18</sup> CAMPRUBÍ, *Epistolario II*, p. 724. JACKSON, GABRIEL. *La República española y la guerra civil*. Barcelona. Crítica, 2018, p. 39.

<sup>19</sup> CONTRERAS, JOSEP. *Azaña y Cataluña. Historia de un desencuentro*. Barcelona. Edhasa, 2008, p. 156.

Había tantas expectativas puestas en la República que se multiplicaron las frustraciones. Según la periodista mexicana Anita Brenner, la gente, que había soñado con la utopía en 1931, tenía un cierto mal sabor de boca dos años después. La mayoría defendía aún el régimen, pero empezaba considerar alternativas más radicales. La obra de las Cortes Constituyentes, según Brenner, no se juzgaba por sus realizaciones positivas sino por lo que aún no se había hecho, una larga lista de temas que parecía anular todo lo demás.<sup>20</sup>

Antonio Machado, uno de los descontentos, se refirió con ironía a la tendencia general, dentro de las elites políticas, a quejarse del nuevo régimen sin dejar tiempo a que pudiera evolucionar dentro de unos márgenes de normalidad: “A los dos meses de proclamada la República, apenas había un solo español sin cartera, dirección general o sinecura del estado que no dijera: “No es ésta la República que yo había votado”.<sup>21</sup>

Se pedía al nuevo régimen demasiado, más de lo que podía dar. La impaciencia se apoderó de muchos españoles, que pasaron, a decir de Marcelino Domingo, “de la resignación a la prisa”.<sup>22</sup> Unos creían que las reformas no eran lo bastante rápidas, otros estaban convencidos de que todo iba demasiado lejos. Entre los primeros destacaban numerosos campesinos decepcionados con una Reforma Agraria que se implementaba con lentitud y timidez. Entre los segundos, hallamos a gentes que habían saludado el 14 de abril con esperanza pero después se habían inquietado ante su línea de izquierdas. Apenas nadie deseaba el retorno de Alfonso XIII, pero no eran pocos los que desean que el nuevo sistema, al estilo de lo que sucedía en Estados Unidos, se distinguiera por su moderación. El filósofo

---

<sup>20</sup> BRENNER, *Hoy las barricadas*, p. 74.

<sup>21</sup> AUBERT, *Gotas de sangre jacobina*, pp. 496-97.

<sup>22</sup> ARELA ORTEGA, JOSÉ. *Los señores del poder*. Barcelona. Galaxia Gutenberg, 2013, p. 159.

Ortega y Gasset, el 6 de diciembre de 1931, pronunció un famoso discurso titulado, significativamente, “rectificación de la república”. Disgustado con el anticlericalismo gubernamental, hacía un llamamiento a no identificar el nuevo régimen con un programa basado en el radicalismo. Las Cortes Constituyentes, a su parecer, habían incurrido en posturas sectarias.

Los anarquistas, a su vez, se mostraban igualmente defraudados, aunque desde el principio habían dejado claro que su ideal no era el parlamentarismo sino la revolución social. La República, un régimen burgués, no introducía cambios en profundidad y se obstinaba en reprimir el movimiento libertario. De ahí que uno de sus principales dirigentes, en un artículo publicado en 1932, empleara la dura expresión de “pretendida democracia” para referirse al sistema. La Ley de Defensa de la República, a su juicio, solo era un instrumento autoritario en manos del poder. Tras la caída del Rey, el país había caído en manos de una elite alejada por completo de los problemas populares, de una clase gobernante que no dudaba en recurrir a la imponentia para imponerse sobre los obreros: “Esto es España, República de trabajadores que una perfecta ecuación de álgebra sociológica nos explica así: República de trabajadores regida por burgueses y millonarios con auténticos trabajadores en las cárceles y deportaciones, igual a cinismo como fórmula de gobierno”.<sup>23</sup>

Según afirmaba García Oliver en 1932, los anarquistas verdaderos debían oponerse a toda colaboración con los políticos. Es más, debían combatirlos sin tregua y advertir a las multitudes de los peligros que la política albergaba. El mundo solo tenía un camino para solucionar sus problemas, el de la revolución. De todas formas, los libertarios tendían a reconocer que, con todos sus defectos, la

---

<sup>23</sup> GARCÍA OLIVER, JUAN. *El eco de los pasos*. Barcelona. Virus, 2021, pp. 204-205, 213.

España posterior al 14 de abril resultaba preferible a la monarquía. Ofrecía, al menos, la oportunidad de realizar un trabajo de profundización de los derechos democráticos y sociales.<sup>24</sup>

En aquel contexto de polarización no faltaron voces, como la del periodista Manuel Chaves Nogales o el escritor Josep Maria de Sagarra, que abogaron por la moderación. Su proyecto, según el historiador Javier Krauel, se basaba en legitimar el sistema desde lo racional y no desde lo afectivo. Había que huir, por tanto, de la pasión excesiva, de gestos como el de aquella multitud que pretendía que el presidente de la República, Alcalá-Zamora, entrara a hombros en el Ayuntamiento de Valencia. Este tipo de intelectuales, como es sabido, fracasó en el intento de alejar al país de los extremismos. Su posición, muy frágil, estaba expuesta tanto a los ataques de la izquierda revolucionaria como de la derecha radical.<sup>25</sup>

Si la República se vivió desde el principio en términos emocionales, la historiografía posterior sobre el periodo no ha sido menos pasional. El régimen del 14 de abril ha suscitado y suscita debates apasionados entre partidarios y detractores. ¿Fue un noble intento de llevar el progreso a las masas? ¿Consistió en un sistema poco democrático que pisoteó los derechos de los católicos?

En un esfuerzo de objetividad, la hispanista Pamela Beth Radcliff señala que todos tienen su parte de razón: hubo un proyecto democratizador y a la vez se dieron defectos. Estas insuficiencias no serían una señal del atraso porque, en aquella época, el sistema

---

<sup>24</sup> MARIN, DOLORS. *Anarquistas. Un siglo de movimiento libertario en España*. Barcelona. Ariel, 2010, p. 267.

<sup>25</sup> KRAUEL, JAVIER. “La batalla por la hegemonía emocional durante la Segunda República (1931-1936)”, dentro de AA.VV. *La cultura de las emociones y las emociones en la cultura española contemporánea*. Madrid. Cátedra, pp. 171-193.

democrático no se había asentado con solidez en prácticamente ningún lugar.<sup>26</sup>

Esta ponderación no es lo que encontramos, sin ir más lejos, en las redes sociales, en las que prima el maniqueísmo más absoluto. ¿Autocrítica? Brilla por su ausencia. Reina, por el contrario, el presentismo más desbocado, que conduce a establecer paralelismos simplistas con la situación de los años treinta.

Términos como “fascista” o “comunista” se emplean con demasiada ligereza, sin que la realidad muestre una equivalencia perfecta con lo que estas palabras significaban en aquel tiempo. Se reproducen así polémicas bizantinas que recuerdan la tradicional distinción teológica entre “esencia” y “existencia”.

De esta manera se establece un modelo, definido de forma más o menos caprichosa, y se pretende que la realidad se ajuste a esos parámetros. Con ello perdemos elementos de complejidad que nos ayuden a una comprensión más matizada de unos procesos que se acostumbran a imaginar en blanco y negro, Esta actitud suele ir acompañada de un laxismo conceptual que permite englobar al adversario bajo la categoría que más nos convenga en un momento dado.

---

<sup>26</sup> RADCLIFF, PAMELA BETH. *La España contemporánea. Desde 1898 hasta nuestros días*. Barcelona. Ariel, 2018.